

LA HUMANIDAD SANTISIMA DEL SEÑOR

En el principio de la creación, en el sexto día, *formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado*¹. Después de haber creado todas las cosas con agrado —y vio que era bueno², va diciendo el Señor tras contemplar sus distintas obras—, Dios acababa de crear al hombre, con especial complacencia: *vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho*³. Aquella nueva criatura, compuesta de cuerpo y alma, de materia y espíritu, en maravillosa unidad, era el fruto del amor de su Creador, que lo miraba con ternura hasta el punto de querer adoptarlo como a hijo: *recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres*⁴.

Antes del pecado original, estaba el cuerpo perfectamente sujeto al entendimiento, pero el hombre por tener un alma espiritual era libre, y libremente debía someterse al amor de Dios. Aquí fue donde hizo irrupción la soberbia por primera vez en la historia de la tierra: *seréis como dioses*⁵, susurró el demonio bajo figura de serpiente, y el hombre fue seducido por este pensamiento. Con aquel primer pecado, Adán y Eva

(1) Genes. II, 7.

(2) Genes. I, 31.

(3) Genes. I, 31.

(4) Prov. VIII, 31.

(5) Genes. III, 5.

perdieron los dones gratuitos que habían recibido de Dios —la gracia y los dones preternaturales—, y la misma naturaleza quedó debilitada. La obra del Señor —gracia, alma y cuerpo— quedó rota. Y fue el amor de Dios, aquel mismo amor ofendido, el que decidió —desde la eternidad misma en que habitaba— remediar nuestro pecado y salvarnos. Lo hizo restableciendo verdaderamente aquello que El amaba tanto, y, más aún que restableciéndolo, dándole una dignidad que nunca había tenido, mediante la Encarnación del Hijo de Dios: *el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros* ⁶.

Los beneficios de la Encarnación

En el instante de la Encarnación del Verbo, la regeneración de la naturaleza humana estaba comenzada. Con su Vida, con su Pasión y con su Muerte, Cristo ofreció al Padre un sacrificio de valor infinito, para salvarnos a todos y a cada uno de nosotros. Y nos dejó los sacramentos, por los que participamos en la Muerte y en la Resurrección del Señor y se nos aplican sus méritos.

Además, la Encarnación del Verbo nos traía otros muchos beneficios, de tal modo que Santo Tomás llega a afirmar que no hubo otro modo más conveniente para la salvación del género humano ⁷. En cuanto a la fe, porque se hacía más fácil creer, al ser el mismo Dios quien nos hablaba a nosotros de modo que le oíamos; en cuanto a la esperanza, porque nada la fortalecía tanto como aquella prueba que el mismo Dios nos daba de su voluntad de salvarnos; en cuanto al amor, porque es fácil volver amor por amor, y la Vida y la Pasión de Jesús es la manifestación más clara de cuánto nos quiere Dios; en cuanto a las obras, porque el mismo Dios, encarnándose, nos iba a servir de modelo; en cuanto a nuestro fin, porque nuestra participación en la vida de Dios se reforzaba por esta participación de Dios en la vida nuestra. Y elevando tanto la carne, hasta el punto de asumirla, nos mostraba el valor que tie-

(6) *Ioann.* I, 14.

(7) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 1, a. 2.

ne a sus ojos, para que no la manchásemos; con esa humillación, con ese anonadamiento del Verbo también curaba mejor nuestra soberbia, primer pecado y origen de los demás.

De este modo, Cristo, el Verbo de Dios hecho hombre, es verdaderamente para nosotros *el Camino, la Verdad y la Vida*⁸. Desde aquel momento debíamos ir *por medio del Verbo hecho carne al Verbo que era en el principio con Dios*⁹. Se iniciaba para los hombres como un plano inclinado que había de llevarnos suavemente hasta el amor de Dios. Es cierto que Dios es infinitamente amable en sí mismo, que nada hay más digno de amor que la Trinidad y, por consiguiente, nada hay más capaz de despertar ese amor. Pero *debido a la debilidad de la mente humana, y del mismo modo que necesita ser conducida al conocimiento de las cosas divinas, así también necesita ser llevada al amor, como de la mano, por medio de algunas cosas sensibles que nos sean fácilmente conocidas. Y entre ellas la principal es la Humanidad de Cristo, según lo que se dice en el Prefacio de Navidad: "para que conociendo a Dios visiblemente seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles"*¹⁰. El Hijo de Dios resulta más asequible a través de su Humanidad Santísima, que nuestros ojos encuentran, que nuestros oídos escuchan, que nuestra imaginación se representa. Y en esa Humanidad perfecta —*perfectus homo*¹¹— brilla su Persona divina, que enamora y eleva al alma que la contempla, porque Cristo es *la imagen del Dios invisible*¹², porque en Cristo *habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*¹³.

Con la Encarnación del Verbo ha tomado forma material el amor que Dios nos tiene; se nos ha hecho sensible y emotivo. Qué consuelo para nosotros, hechos de un puñado de tierra, ver un Hombre que es hombre como nosotros; que es nuestro Hermano y, al mismo tiempo, Dios por naturaleza; que mira al Padre cara a cara y es una sola y misma cosa con El, y se oye llamar de El, *Hijo muy amado*¹⁴. Dios ha baja-

(8) *Ioann.* XIV, 6.

(9) San Agustín, *In Ioannis evangelium tractatus*, 13, 14.

(10) Santo Tomás, *S. Th.*, II-II, q. 82, a. 3 ad 2.

(11) Símbolo *Quicumque*.

(12) *Colos.* I, 15.

(13) *Colos.* II, 9.

(14) Cfr. *Luc.* III, 22.

do hasta nosotros, acudiendo compasivo a remediar del modo más admirable nuestra indigencia.

Dios con nosotros

La vida cristiana consiste en enamorarse de Jesucristo, en seguirle de cerca, atraídos por el aroma de su vida. La santificación no tiene su centro en la lucha contra el pecado, no es algo negativo; ni consiste esencialmente en difíciles especulaciones o en esfuerzos hercúleos de la voluntad. La vida cristiana tiene su centro en Cristo, objeto de nuestro amor. Se apoya en la confianza en nuestro Hermano mayor, en Jesucristo que es hombre y nos comprende, que es nuestro amigo, que ha venido a salvar atrayendo, no a condenar. La vida cristiana es una continua acción de gracias porque Dios está de nuestra parte, junto a nosotros, con nosotros, en nosotros.

Porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos.

No: Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti (Isai. XLIX, 14-15), había prometido. Y ha cumplido su promesa. Dios sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres (cfr. Prov. VIII, 31) ¹⁵.

La vida cristiana es profundamente humana. El corazón tiene un importante lugar en la obra de nuestra santidad, porque Dios se ha puesto a su alcance. Tan es así que, cuando se descuida la vida de piedad, cuando una oculta soberbia quiere elevarse hasta Dios, apoyándose en sus propias fuerzas y sin amor, se hace imposible ir adelante. San Agustín nos refiere su experiencia: *andaba buscando la fuerza idónea para gozar de Vos y no la hallaba, hasta que hube abrazado al Mediador*

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 102.

entre Dios y los hombres: el Hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas bendito por los siglos, que nos llama y nos dice: "Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida" (Ioann. XIV, 6) ¹⁶.

Jesucristo ha convivido y convive con nosotros. La caridad, el amor de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, es un amor de amistad, un amor sobrenatural de mutua benevolencia. Y una de las características propias de la amistad es la convivencia, el trato. Por eso Dios quiso bajar a la tierra, y nacer de mujer, en el seno de una familia, en un lugar concreto del mundo, y vivir entre nosotros.

Pero como *debió en todo asemejarse a sus hermanos* ¹⁷, Jesucristo hizo todavía más: quiso descender a los detalles, a lo más ordinario y vulgar de la existencia humana, a la vida cotidiana de un hombre como los demás, de un trabajador manual que sustenta a su familia. Y así le vemos durante más de treinta años, la mayor parte —con mucho— de su existencia histórica. En la vida oculta de Jesús resplandece extraordinariamente su Humanidad. Todo lo más común, todo lo que forma la base y el ambiente de la vida de cualquier hombre —la familia y el trabajo, el descanso y la amistad— se hace con Jesús y a través de Jesús instrumento de santidad, adquiere eficacia sobrenatural. Jesucristo ha tendido un puente que va desde lo infinitamente pequeño y ordinario a lo infinitamente grande y singular, a Dios. *El Hijo de Dios ha venido a destruir las obras del diablo. El se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado a El, de modo que el descenso de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios* ¹⁸.

Conocer el Evangelio

Es verdad que los Santos Evangelios dicen muy poco de la vida oculta de Jesús —aunque por vulgar y sencilla sea fácilmente imagina-

(16) San Agustín, *Confesiones*, VII, 18.

(17) *Hebr.* II, 17.

(18) San León Magno, *Homilía* 27.

ble, sin más que trasladar lo que nosotros vivimos cada día—, pero en cambio hablan mucho de su vida pública, y hacen brillar en multitud de detalles la Humanidad Santísima del Señor. De la mano de nuestro Padre, hemos aprendido en el Opus Dei a conocer cada día mejor la vida de Cristo, a ser un personaje más en las escenas que nos narra el Evangelio. *Porque no se trata sólo de pensar en Jesús —nos decía nuestro Fundador—, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán* ¹⁹.

Es consolador y enamora sentarse a los pies de Jesús, como hizo María en Betania, dejarse aleccionar por El, escuchar su doctrina sencilla y asequible a todos, al mismo tiempo que profunda y siempre nueva. La Sabiduría divina adopta en Jesús una forma fácil y grata, de modo que todos puedan entenderla y hacerla suya. Y oímos que Jesús se vale para eso de los elementos corrientes de experiencia. Los trabajos del campo, las faenas de pesca, los acontecimientos de la vida ordinaria —la pérdida de unas monedas, la fabricación casera del pan, el pago de los tributos, el trato entre padres e hijos, un banquete de bodas—, los elementos del paisaje —los pájaros, las flores, las montañas y el agua—, todo lo que nosotros vemos y oímos cada día, se hace instrumento de la revelación de Dios, y ayuda a que se grabe en nuestra memoria, sensitiva y frágil.

Hay algunos pasajes de la vida pública de Jesús donde tradicionalmente la Iglesia contempla la Humanidad del Señor: cuando se manifiesta la flaqueza de Jesús Hombre. Así aquel desplomarse de Jesús junto al pozo de Jacob, a mediodía, *cansado del camino* ²⁰, con sed, que le dará ocasión para convertir a una mujer y a muchos de los vecinos de Sicar. Cansancio y sed reales, producidos por una larga caminata. Como real fue aquel hambre que sintió una mañana, después de haber pasado la noche en Betania: *al otro día, así que salieron de Betania tuvo hambre*,

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 107.

(20) *Ioann.* IV, 6.

y como viese a lo lejos una higuera con hojas, encaminóse allá por ver si encontraba algo ²¹.

En otra ocasión, ya al atardecer, después de haber predicado todo el día —*eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer* ²²—, tomaron una barca para pasar a la otra orilla del lago, y el Señor, agotado, que llora, *dormía sobre un cabezal en la popa* ²³, no obstante el mal estado del mar. De todas estas flaquezas de su cuerpo, Jesús tomará motivo para adoctrinar a los suyos, de manera que su misma debilidad sea para nosotros la salvación. *Nos hizo con su fortaleza, nos buscó con su debilidad* ²⁴.

Otra vez serán lágrimas: María de Betania llora porque ha muerto su hermano Lázaro, y *al verla llorar, y que lloraban también los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se turbó y dijo: ¿dónde le habéis puesto? Contestáronle; Señor, ven y ve. Y Jesús lloró. Decían pues los judíos: ¡cómo le amaba!* ²⁵. Llorará también, con lágrimas verdaderas de hombre que sufre, a la vista de aquella Jerusalén de dura cerviz: *cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró sobre ella* ²⁶. Y este amor que Jesús muestra llorando es la expresión humana del amor que Dios tiene a los hombres, la manifestación sensible de la compasión con que nos mira.

Pero para sacar fuerza de la flaqueza de Jesús hay que ser humilde; para que nos enamore un Jesús que se cansa, que tiene hambre y sed, que se duerme agotado, que llora, hay que ser sencillo de corazón. Los soberbios buscarán inútilmente hallarse cara a cara y sin intermediarios con toda la grandeza de Dios, querrán ir al Tabor sin pasar por Belén. Es la enseñanza que nos da San Agustín: *yo no era bastante humilde para poseer a mi Dios, a mi Jesús humilde, ni comprendía las lecciones de que es maestra su flaqueza* ²⁷.

Este Jesús Hombre, que lleva a costas toda nuestra debilidad humana, es quien mejor podrá compadecerse de nuestros trabajos y mise-

(21) Marc. XI, 12-13.

(22) Marc. IV, 38.

(23) Marc. IV, 38.

(24) San Agustín, *In Ioannis evangelium tractatus*, 15.

(25) Ioann. XI, 33-36.

(26) Luc. XIX, 41.

(27) San Agustín, *Confessiones*, VII, 18.

rias. Veremos a Jesús que, *habiéndose juntado otra vez un gran concurso de gentes, y no teniendo qué comer, convocados sus discípulos, les dijo: me da compasión esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer, y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos* ²⁸. Constantemente, a lo largo de esos tres años de vida pública, irá aliviando las dolencias corporales: *vio una turba numerosa y sintió compasión de ellos, y curó a sus enfermos* ²⁹. Jesús tiene el corazón de carne, y aunque ha venido a salvar nuestras almas, no se olvida de nuestros cuerpos.

Cuando nos cansemos —en el trabajo, en el estudio, en la tarea apostólica—, cuando encontremos cerrazón en el horizonte, entonces, los ojos a Cristo: a Jesús bueno, a Jesús cansado, a Jesús hambriento y sediento. ¡Cómo te haces entender, Señor! ¡Cómo te haces querer! Te nos muestras como nosotros, en todo menos en el pecado: para que palpemos que contigo podremos vencer nuestras malas inclinaciones, nuestras culpas. Porque no importan ni el cansancio, ni el hambre, ni la sed, ni las lágrimas... Cristo se cansó, pasó hambre, estuvo sediento, lloró. Lo que importa es la lucha —una contienda amable, porque el Señor permanece siempre a nuestro lado— para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos (cfr. Ioann. IV, 34) ³⁰.

Contemplar la vida de Cristo

Para un alma piadosa y sencilla, la contemplación de la Humanidad Santísima de Jesús es fuente inagotable de amor, que facilita la entrega, que hace fácil y suave el yugo amoroso de la Voluntad de Dios, como pone de relieve la vida de los Santos. *Entrando un día en el oratorio —escribe Santa Teresa de Jesús—, vi una imagen que habían traído allí a guardar (...). Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola*

(28) Marc. VIII, 1-3.

(29) Matth. XIV, 14.

(30) Amigos de Dios, n. 201.

la, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle ³¹.

Bien conocida es la fortaleza de ánimo de la Santa de Avila, que la hace lo más opuesto a cualquier vana sensiblería. No era sensiblería lo que le hacía llorar; era amor, amor de corazón, amor de alma y cuerpo, que es como Dios nos ha hecho para su gloria. ¡Nos resulta tan natural, tan espontáneo, buscar en un retrato, en una imagen, el rostro que se ama! ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien ³².

De la misma manera, hemos de servirnos también de la imaginación para representarnos de modo claro al Cristo vivo, el que nació en Belén, trabajó en Nazaret y anduvo por los campos galileos. Para eso contemplaremos amorosamente el Evangelio, deteniéndonos en los detalles aun más insignificantes, tratando de completar su figura humana y las circunstancias que le rodearon. Para ser ipse Christus hay que mirarse en El. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz ³³. Luego, en la oración, será fácil reconstruir su imagen, y estar junto a El y hablarle y verle como le vieron sus discípulos, y hacerle mil confidencias.

Cuanto más docto se es, más necesidad hay de recurrir a este modo de contemplación, que nuestro Padre tanto nos ha recomendado. Hay que convivir humanamente con Cristo Hombre y traerle con nosotros siempre. Hay que tratar a Jesucristo en la Eucaristía y en la oración, en la palabra y en el Pan, amando su Humanidad Santísima, tratándole como se trata a un amigo. Las madres aman el alma y el cuerpo de su hijo: el hijo entero. Yo os quiero también enteros, como os quieren vuestras ma-

(31) Santa Teresa de Jesús, *Vida*, IX, 1.

(32) Santa Teresa de Jesús, *Vida*, IX, 6.

(33) *Es Cristo que pasa*, n. 107.

dres. Así entenderéis la conveniencia de amar la Divinidad y la Humanidad de Jesús. Tenéis que enamoraros de la Santísima Humanidad de Cristo ³⁴. Y en eso está buena parte de la piedad de niños que se nos pide, junto a la doctrina de teólogos.

Presencia eucarística del Señor

La víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin ³⁵. El amor de Jesús va a llegar al colmo. La voluntad de salvarnos, de mostrar el amor que nuestro Padre Dios nos tiene, le ha traído al mundo y le lleva a la Cruz. Y es este mismo amor el que le mueve a quedarse, a convivir con nosotros en cuerpo y alma. Sólo Dios puede hallar la solución a estas dos necesidades: irse y quedarse al mismo tiempo. E instituye el Sacramento de la Eucaristía.

Ya tenemos con nosotros al Señor, por los siglos de los siglos. Y si es verdad que en la Eucaristía está Jesucristo completo —y con El, el Padre y el Espíritu Santo—, lo que hay allí por la fuerza de las palabras de la Consagración es el Cuerpo y la Sangre de Jesús; lo demás —su alma humana, su Persona divina y la Trinidad— está por concomitancia; pero directamente tenemos en la Eucaristía su Humanidad en lo que tiene de más humilde, de más común con nosotros —su Cuerpo y su Sangre, aunque en estado glorioso—; y en forma especialmente asequible: en forma de pan y de vino.

Jesús se ha quedado. Su Humanidad Santísima, escondida bajo los accidentes eucarísticos, nos sigue diciendo hoy a nosotros como hace veinte siglos a los Apóstoles: *quien me ve a mí, ve también al Padre* ³⁶. La filiación divina hemos de encontrarla a través de Jesús, porque nadie va al Padre sino por El.

(34) De nuestro Padre.

(35) *Ioann.* XIII, 1.

(36) *Ioann.* XIV, 9.

Me da mucha alegría que Cristo haya querido ser hombre, con carne como la nuestra. Yo querría que tratarais mucho a Nuestro Señor. En los primeros tiempos —comentaba con frecuencia nuestro Padre— yo regalaba muchos Crucifijos y libros, sobre todo de la Pasión del Señor. Es menester que la tengáis en la cabeza; que, cerrando los ojos, la podáis representar como en una película. Que no os sintáis ajenos a aquellas barbaridades que el Señor tuvo que sufrir... Tenéis que ser como un personaje más, y que el corazón reaccione ³⁷. Esta consideración, esta contemplación de la Humanidad Santísima de Jesús en la Cruz, es pródiga en amor y en dolor de amor y en obras de amor. No hay más que mirarle despacio, cara a cara, con valentía y con corazón.

¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! —Te “metiste” en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: “Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?” ³⁸.

Vivir la vida de Cristo

Jesús ha resucitado y sale al encuentro de los suyos, pero al principio no le reconoce María Magdalena, ni los discípulos de Emaús, ni llegan a verle claramente los Apóstoles en el lago, aunque están seguros de que es El; tan seguros, que *ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú quién eres?, porque sabían que era el Señor* ³⁹.

También a nosotros, por nuestras miserias y falta de fe, en ocasiones podrá resultarnos costoso apreciar el rostro amable de Jesús. *Ese Cristo, que tú ves, no es Jesús. —Será, en todo caso, la triste imagen que pueden formar tus ojos turbios... —Purifícate. Clarifica tu mirada con la humildad y la penitencia. Luego... no te faltarán las limpias luces del*

(37) De nuestro Padre.

(38) Camino, n. 555.

(39) Joann. XXI, 12.

Amor. Y tendrás una visión perfecta. Tu imagen será realmente la suya: ¡El! ⁴⁰. Purificándonos del egoísmo, veremos su rostro en el de nuestro hermano, para servirle; su sufrimiento en quienes sufren; y, sobre todo, su amor y su entrega por nosotros, en la Eucaristía. Cada día más claramente. Y así, hasta que llegue el momento de verle realmente en el Cielo: resplandeciente, resucitado, glorioso, lleno de luz como en el Tabor. Conoceremos al fin las facciones de ese rostro adorable que ahora nos hace exclamar: *vultum tuum, Domine, requiram!* ⁴¹, buscaré, Señor, tu rostro.

Del mismo modo, paso a paso también, se cumplirá en nosotros su vida, desde el Nacimiento hasta la Resurrección. *Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso —escribió nuestro Padre— hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección (...). Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón (...), de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor* ⁴². Y es ahí, en esa contemplación, donde nace aquel deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez, de imitar a Jesucristo ⁴³. Ese diálogo con Cristo Hombre es fecundo en resultados prácticos. Decía un alma de oración: en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo ⁴⁴. A base de ese trato humano, de esa contemplación sencilla, conseguiremos que Jesús lo sea todo para nosotros.

* * * * *

*Hijos míos, seguir a Cristo —venite post me et faciam vos fieri pisca-
tores hominum (Matth. IV, 19)— es nuestra vocación. Y seguirle tan de
cerca que vivamos con El como los primeros doce, tan de cerca que nos*

(40) *Camino*, n. 212.

(41) *Ps. XXVI*, 8.

(42) *Es Cristo que pasa*, n. 107.

(43) *Catecismo*, 5ª edición, n. 62.

(44) *Camino*, n. 271.

identifiquemos con El, que vivamos su Vida. Y llega un momento, cuando no hemos puesto obstáculos, en el que podemos decir de verdad, con San Pablo: no vivo yo, sino que vive Cristo en mí (Galat. II, 20) ⁴⁵.

Pidamos ayuda a María y a José, para que nos enseñen a tratar a Jesús con familiaridad, con confianza, con un amor pleno, de manera que al final de nuestros días en la tierra merezcamos gozar con ellos, para siempre, de la eterna compañía de Jesucristo en el Cielo.

(45) De nuestro Padre.